

DIONISO EN MÉXICO O CÓMO LEYERON NUESTROS CLÁSICOS A LOS CLÁSICOS GRIEGOS

Susana QUINTANILLA

*Departamento de Investigaciones Educativas
del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados
del Instituto Politécnico Nacional*

DIONISO

LA NOCHE DEL 25 DE DICIEMBRE DE 1908 un grupo de escritores y aspirantes a filósofos se dio cita en una majestuosa casa de la colonia Santa María la Ribera,¹ al poniente del Paseo de la Reforma de la ciudad de México, para realizar una celebración sin precedentes en la historia de la cultura mexicana. La mansión era de Agustín Reyes, “joven rico y espléndido”. En ella todo atraía y encantaba: “el salón oriental, lleno de colgaduras y divanes, donde la luz solar apenas se escurría y la noche se iluminaba con faroles colocados en combinaciones perfectas [...] el amplio salón de recibo, con su artística prolijidad; el comedor, con su vajilla napoleónica; los tapices franceses; los biombos nipones; el sillón de sor Juana Inés de la Cruz”. Ya en ocasiones previas esta residencia había sido alumbrada para recibir a “hombres distinguidos en diversos órdenes”. En julio de 1907 ahí se celebró una fiesta en honor del poeta colombiano Julio Flórez. Cada

Fecha de recepción: 7 de marzo de 2001

Fecha de aceptación: 6 de noviembre de 2001

¹ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, pp. 141 y 156.

uno de los invitados se llevó como recuerdo una tarjeta con el retrato del bardo, dibujado por Germán Gedovius, y un soneto en facsímil dedicado al anfitrión.²

Mientras que al festejo ofrecido a Julio Flórez acudieron muchos comensales de distintos rangos y edades, en la fiesta ocurrida la Navidad de 1908 el contingente era más reducido y homogéneo: ninguno de los huéspedes rebasaba los treinta años; todos se conocían desde hacía tiempo y comenzaban a destacar en el ambiente cultural de la ciudad de México. Además del anfitrión y de su sobrino Alfonso Reyes, ahí estaban Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y Rubén Valenti. Lo más factible es que no fueran los únicos presentes: Ricardo Gómez Robelo, Jesús T. Acevedo y Julio Torri bien pudieron haber sido convidados.

La tertulia no fue ni un acto común para curar la resaca de la Nochebuena ni un ritual casero con motivo navideño. El propósito que convocó a quienes acudieron al convite era festejar el nacimiento de Dioniso, dios griego de la embriaguez divina y del amor más encendido. En el mundo clásico la ambrosía en su honor ocurría durante los días previos al solsticio del invierno, fin de un ciclo estacional y anticipo de otro. Su naturaleza estaba representada en la vid; su culto invitaba al consumo de vino y al frenesí. Es la deidad del arrebató, la que arranca a los mortales del orden y los usos de la vida ordinaria para convertirlos en seres delirantes que danzan en montañas salvajes y solitarias. Por algo se le asocia con la imagen de la mujer que huye del ámbito doméstico y de las labores de Atenea para sumarse, desgredada, a las filas de los posesos.³

El homenaje a Dioniso, realizado en la ciudad de México, se inspiró en la versión que los hombres del siglo XIX hicieron del culto griego a los dioses. Según esta interpretación, de niño, Dioniso fue alimentado por ninfas que al paso de los años recorrerían los bosques con el dios transformado en hombre. Eran las Ménades, musas de las artes que destruían los lugares en los que danzaban. Su trastorno y fiere-

² P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1907.

³ WALTER, 1997.

za eran especiales: provenían de la demencia divina y se les asociaba con las fuerzas generadoras de la creación, palabra clave para entender por qué este dios fue el favorito de escritores, artistas plásticos, músicos y filósofos de diferentes tiempos y confines. En el curso del siglo XIX el fenómeno de lo dionisiaco se extendió por toda Europa y engalanó la obsesión de la literatura decadentista por la muerte, la carne y la belleza.⁴

Los invitados al banquete llegaron a la casa de Agustín Reyes al anochecer, dispuestos a vivir una experiencia anómala e irrepetible. Pedro Henríquez Ureña abrió la función con la lectura de un esbozo de tragedia antigua inspirado en Frínico.⁵ El autor se concedió las libertades de redactar su texto en prosa y de crear un desenlace triunfal, ajeno al conflicto trágico: la derrota del hombre en la lucha contra la fuerza superior del destino. No fueron éstas las únicas licencias que se tomó, ya que la trama de la obra fue poco atenta al mito original de Dioniso y reproducía las versiones que de él hicieran algunos autores europeos de finales del siglo XIX.

La versión impresa de lo leído por Pedro Henríquez Ureña apareció en la *Revista Moderna de México* semanas después del evento,⁶ de modo que su autor tuvo tiempo suficiente para corregir el original. Aun así, el texto publicado permite adentrarse en la atmósfera del momento y del escenario para los que fue escrito. Dioniso, hijo de la mortal Semele y del dios Zeus, aparece lleno de aromas, portando mieles y cubierto de ramas de vid, con el propósito de anunciar su próximo reinado y pedir que Tebas, patria de su madre muerta, se prepare para rendirle culto. Antes de partir al

⁴ PRAZ, 1999.

⁵ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, p. 141. En una carta fechada el 18 de enero de 1909, Pedro Henríquez Ureña le comentó a Alfonso Reyes que Emilio Valenzuela no había querido divulgar en la *Revista Moderna de México* la reseña de esta celebración; en cambio, aceptó publicar la tragedia leída por Pedro Henríquez Ureña y el poema de Alfonso Reyes. El primero atribuyó la negativa de Emilio Valenzuela a que éste no había sido invitado a la fiesta. P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1986, p. 123.

⁶ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1909.

monte Nisa, donde le espera el maestro Sileno, advierte que a su regreso él elevará a los mortales por sobre el dolor a la vida plena y los guiará a los bosques poblados de espíritus amables. El “coro” responde:

Te cantaré siempre, me uniré a tus cortejos, y me poseerá tu delirio, dios de mil nombres, dios de mil coronas. A Dionisos los himnos exaltados, las antorchas fulgurantes. ¡lo Peán, lo Peán! A Dionisos los sacrificios ardientes, las danzas vertiginosas. ¡Evohé, Evohé!⁷

Imagino que estas palabras fueron repetidas en voz alta por los presentes antes de que entrecruzaran copas rebosantes de vino para festinar la actuación de Pedro Henríquez Ureña. Tras el brindis el poeta Alfonso Reyes leyó “Coro de faunos en el bosque”, poema redactado en la ciudad de México el 24 de diciembre de 1908 y difundido, con otro nombre, en la *Revista Moderna de México*.⁸ Aparecería de nuevo en letras de imprenta en 1922, en el poemario *Huellas*. Su título formó parte del índice de “Poemas omitidos” del tomo *Obra poética*, fechado en 1952. Fue extraído de esta lista e incluido en el apéndice “Poesías perdonadas” de *Constancia poética*, volumen X de las *Obras Completas* editadas por el escritor. Reproduzco la tercera estrofa de esta última impresión:

La canción de la flauta oíd,
hombres, escuchad la canción sin lira
a la cual Dióniso, dios de la vid
y dios de la llama delira.

Elevad un canto acordado
con el latir del corazón;
vuestras plantas gocen el tibio prado,
y el ansia vital brote en canción.⁹

⁷ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1909, p. 269

⁸ REYES, 1909.

⁹ REYES, 1959, p. 483.

El orden que se siguió en la lectura de los textos fue premeditado. Pedro Henríquez Ureña era reconocido como el Sócrates del elenco y se asumía como el único preceptor de Alfonso Reyes, el más joven de sus discípulos. Ambos tenían como interlocutor principal al filósofo y predicador Antonio Caso, quien terció la ceremonia con un discurso del que no quedó rastro alguno. Tampoco hay posibilidad de reconstruir lo dicho por Rubén Valenti, al que se le concedió el honor de cerrar el primer acto del evento. Después de su intervención deben haber venido la comilona y el retozo.

LOS DIÁLOGOS

La historia de lo ocurrido aquella noche comienza una mañana de principios de marzo de 1906. En uno de sus asiduos paseos dominicales por la avenida San Francisco y Plateros el estudiante de preparatoria Alfonso Reyes se encontró con un colaborador de una revista juvenil que iba a lanzarse por esos días. Él lo invitó a visitar a los poetas que a esa hora se reunían en el despacho 32 de un edificio de seis pisos recién construido en el número 88 de la avenida Cinco de Mayo.¹⁰ Al poco tiempo, Alfonso Reyes se sumó a la lista de redactores de la revista en ciernes, finalmente bautizada con el nombre de *Savia Moderna*.¹¹ En una de las reuniones conoció a Antonio

¹⁰ REYES, 1990, pp. 152-153.

¹¹ *Savia Moderna*, revista mensual de arte, comenzó a circular en marzo de 1906. Se había pensado en bautizarla con el nombre de *Savia Nueva*, pero finalmente se optó por emparentarla con la *Revista Moderna* y fue llamada *Savia Moderna*. Nació bajo el mecenazgo y la dirección de Alfonso Cravioto, quien invirtió parte de su herencia en esta empresa. En sus páginas colaboraron, entre otros, los poetas Rafael López, Manuel de la Parra, Roberto Argüelles Bringas, Nemesio García Naranjo, Luis Castillo Ledón, Eduardo Colín, Rodolfo Nervo, Emilio Valenzuela, Alfonso Reyes y Ricardo Gómez Robelo; el aspirante a filósofo Antonio Caso; los pintores Gonzalo Argüelles Bringas, Diego Rivera, Roberto Montenegro, Gerardo Murillo, Ángel Zárraga y Francisco de la Torre; los dramaturgos Marcelino Dávalos y José Juan Gamboa y el arquitecto Jesús T. Acevedo. Del amplio elenco que colaboró en ella se fue formando el núcleo que en 1909 daría vida al Ateneo de la Juventud. Véase MONTERDE, 1963, pp. 113-115 y

Caso, el filósofo de este grupo, a quien unos meses antes había visto saludar el advenimiento de Justo Sierra como ministro de Instrucción Pública. “Inolvidable aquella su presencia magnética; inolvidable su emoción, siempre corregida en la geometría de un pensamiento seguro; inolvidables su habla que ya acariciaba o ya mordía las palabras, su cara fuerte y persuasiva, su cabellera negra y revuelta, sus ojos tremendos que —a veces— parecían fascinados en la contemplación de las ideas puras”.¹²

Días antes de que concluyera el mes de mayo de 1906, un escritor nacido en Santo Domingo y que recientemente había llegado a la capital de la República Mexicana para trabajar en *El Imparcial* visitó por vez primera el local de *Savia Moderna*. Al momento de entrar a este inmueble, Pedro Henríquez Ureña tenía 21 años, dominaba el inglés, sabía francés e italiano, daba la impresión de haberlo leído todo y poseía férrea disciplina personal.¹³ La fama de hombre serio y erudito había precedido a su presencia física en la ciudad de México, de modo que la sola recitación de un verso le valió el aplauso de sus congéneres mexicanos. Al cabo de dos semanas conocía ya a los principales artífices de la juventud literaria, a los que describió así:

Rafael López, Manuel de la Parra y Roberto Argüelles Bringas, tres poetas que me parecieron desde luego los más originales; Alfonso Reyes, hijo del ex-ministro de la Guerra y candidato á la Presidencia, General Bernardo Reyes; tenía entonces diecisiete años y llamó la atención en el círculo juvenil su *Oración pastoral*; Ricardo Gómez Robelo, quien me rebeló, el primero, a cuanto alcanzaba la ilustración de algunos jóvenes mexicanos, pues me habló, con familiaridad perfecta, de los griegos, de Goethe, de Ruskin, de Oscar Wilde, de Whistler, de los pintores impresionistas, de la música alemana, de Schopenhauer...; Antonio Caso, á quien oí un discurso en la velada del centenario de Stuart Mill, discurso que me reveló una extensa

LÓPEZ, 1970, pp. 205-207. Acerca de la composición geográfica, social y profesional de este grupo, consúltese QUINTANILLA, 1999, pp. 149-160.

¹² REYES, 1997, p. 161.

¹³ MARTÍNEZ, 1986, p. 11.

cultura filosófica y una *manera* oratoria incorrecta todavía, pero prometedora; el joven dramaturgo José J. Gamboa; los poetas Nemesio García Naranjo, Luis Castillo Ledón, Eduardo Colín, Jesús Villalpando; y otros jóvenes que rondaban por las redacciones de *Revista moderna* y *Savia moderna* con aficiones más o menos intelectuales: Rodolfo Nervo, hermano de Amado; Benigno Valenzuela, Fernando Galván.¹⁴

Durante su corta vida, de marzo a julio de 1906,¹⁵ *Savia Moderna* fue lugar para el encuentro de una generación todavía sin rostro propio, así como taller para el aprendizaje del oficio. Fue también un filtro para la decantación de la amistad. Del amplio elenco que colaboró en sus páginas se iría formando un círculo que se ensanchaba para acomodar nuevos reclutas y se encogía en función de las exclusiones. Era un círculo en el sentido estricto del término: hombres sentados alrededor de una mesa en sitios y momentos determinados. Así ocurrió al comenzar el verano de 1906, cuando Pedro Henríquez Ureña organizó una fiesta de cumpleaños en el restaurante "Sylvain".¹⁶ Hubo al menos dos eventos más: el primero, en honor de Rafael López, por la poesía que recitó frente a Porfirio Díaz en la magna celebración del aniversario del fallecimiento de Benito Juárez; el segundo, para celebrar la publicación de *En el camino*, poemario de Ricardo Gómez Robelo.¹⁷ Con grandes festejos y triunfos pequeños, los jóvenes comenzarían a crear y residir sus propios espacios y leyendas.

Muerta *Savia Moderna* la tertulia se trasladó a la casa de solteros que compartían los hermanos Henríquez Ureña y los Castillo Ledón en la séptima calle de Soto, colonia Guerrero. Cada domingo acudían a esta vivienda quince o veinte escritores, varios pintores y músicos y otras amistades con el fin de comentar temas literarios y asuntos del día.¹⁸ En

¹⁴ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, p. 127.

¹⁵ Sobre los motivos que definieron la disolución de *Savia Moderna* véase ZAID, 1997, pp. 82-83.

¹⁶ *La Patria* (1^o jul. 1906), p. 2.

¹⁷ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, p. 128.

¹⁸ M. HENRÍQUEZ UREÑA, 1987, p. 26.

una de estas reuniones fue redactado y discutido el manifiesto mediante el cual la juventud intelectual llamó a defender la herencia de Manuel Gutiérrez Nájera y no permitir que su honor fuera mancillado con la publicación de la segunda *Revista Azul*. También allí fueron definidos los detalles para realizar la manifestación pública que colocó a los jóvenes en las páginas de los periódicos y les proporcionó el gusto de sentirse, aunque sólo fuera por una tarde, los únicos herederos de los modernistas.¹⁹

La protesta literaria llevada a cabo en la primavera de 1907 fue el primero de una sucesión de éxitos que prometían un mañana dichoso a la nueva generación. Después de ella vendría la primera serie de pláticas organizada por la Sociedad de Conferencias y Conciertos en el Salón Blanco del Casino de Santa María,²⁰ en el número 1 de la cuarta calle de las Flores. Durante los meses de mayo a agosto de 1907, a partir de las 7:30 de la noche de cada miércoles, este recinto fue el punto de reunión de gente de todos los rumbos, jóvenes en su mayoría, que llenaba la sillería para escuchar y aplaudir un número de música selecta, una conferencia sobre temas filosóficos o literarios y una lectura a viva voz de poesías inéditas. Al concluir la función, conferencistas, poetas, organizadores y ejecutantes se dirigían al centro de la ciudad para concluir la jornada en alguno de los restaurantes de moda.

Además de organizar conferencias, los jóvenes realizaban tés. La cita era a las cinco de la tarde y se prolongaba hasta la noche entre música y recitaciones de versos propios y ajenos. Después venía la hora del champán. Las copas se entrecruzaban para brindar por las victorias de los asistentes. Los reveses se rumiaban en secreto.

¹⁹ Véase P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, pp. 132-133 y 1960, pp. 227-231. El estudio más completo de este trance en la vida intelectual de México es el de CURIEL, 1996.

²⁰ La Sociedad de Conferencias y Conciertos nació en mayo de 1907, por iniciativa de Jesús T. Acevedo. El primer ciclo de pláticas se llevó a cabo del 29 de mayo al 14 de agosto. El programa y los comentarios pueden consultarse en *El Diario* (28 y 31 mayo) (4 y 27 jun.) (5, 9 y 13 jul. y 6 ago. 1907).

“Conferencias y tés”, así bautizó Pedro Henríquez Ureña una crónica, elaborada en forma de carta, que fue concluida el primero de julio de 1907 y que sería publicada en un periódico de Santo Domingo el 25 de agosto del mismo año. En ella, el autor reseña los avances del primer ciclo de pláticas organizado por la Sociedad de Conferencias y Conciertos, las fiestas “de artistas” en los restaurantes de moda y los ágapes en honor de escritores extranjeros de paso por la capital del país. Ni esta actividad ni esta alegría prometen decaer, afirmaba Pedro Henríquez Ureña al término del texto: “El éxito da nuevos entusiasmos; la juventud está dominando ya la atención pública y quiere, en lo porvenir, adueñarse de todo”.²¹

En el intervalo entre la manufactura y la publicación de esta advertencia, Pedro Henríquez Ureña fue despedido de *El Diario*.²² Tuvo que aceptar un despreciable y mal retribuido empleo en la compañía de seguros “La Mexicana”, abandonar la casona de la calle de Soto y hacer un recorte de su séquito de amistades, que según él fue poco atento a su situación.²³ Encontró consuelo a su infortunio en la devoción de Alfonso Reyes y Antonio Caso, con quienes compartiría “días alciónicos”²⁴ dedicados al cultivo de la amistad, la lectura, las disquisiciones filosóficas y la experimentación literaria. En el curso de estas horas, irrepetibles por su intensidad y belleza, el símbolo de Dioniso vino a México para bendecir el viaje de la nueva generación intelectual hacia la cultura clásica.

La lectura de los clásicos fue el punto de partida del recorrido. Por lo menos cuatro de los integrantes de la Sociedad de Conferencias, Antonio Caso, Ricardo Gómez Robelo, Al-

²¹ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1907.

²² Pedro Henríquez Ureña había abandonado *El Imparcial* para irse a trabajar a *El Diario*, de donde fue despedido a mediados de julio de 1907. Véase ROGGLIANO, 1989, pp. 60-61.

²³ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, pp. 135-136.

²⁴ Así intituló Pedro Henríquez Ureña su primera colaboración en la *Revista Moderna de México*, que publicada en enero de 1908 y reproducida como prólogo a *Horas de estudio*, que a su vez fue integrado a *Obra crítica*, P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1981, pp. 49-50.

fonso Reyes y Jesús T. Acevedo, eran lectores asiduos de los griegos. Ninguno de ellos había recibido educación clásica ni dominaba el griego o el latín. Crecieron al tiempo que los clásicos perdían su primacía, hasta entonces indiscutible, en la educación. Las reformas educativas liberales y positivistas dieron prioridad a las ciencias físicas e introdujeron en los planes de estudio disciplinas como la psicología, las ciencias políticas y la sociología, que deshancaron de su trono a las humanidades. Asimismo, se daba mayor importancia a la enseñanza de las lenguas modernas, francés e inglés, que a las “muertas”.²⁵ Lo que no supusieron los reformadores era que el dominio de estos idiomas, y al través de ellos el acceso a la literatura europea y estadounidense de la época, acercaría a las nuevas generaciones con la antigüedad. Escritores, músicos, pintores y filósofos del siglo XIX habían buscado en Grecia la inspiración para su obra y el significado para su vida. Al leer, ver y escuchar lo “más nuevo” de la cultura europea e hispanoamericana, los lectores mexicanos abrieron el umbral de su sensibilidad. No fueron los primeros en realizar esta vuelta al pasado: años antes, algunos de los poetas modernistas de México y América habían buscado refugio en el Parnaso con el fin de afirmar la belleza de los ideales estéticos y latinos en oposición al materialismo de su época.²⁶ En respuesta a los estragos de este movi-

²⁵ En el Segundo Congreso de Instrucción, llevado a cabo en 1892, Justo Sierra argumentó en favor de la supresión de la enseñanza del latín en la Escuela Nacional Preparatoria, por considerar que no había necesidad apremiante de aprenderlo y porque resultaba imposible obligar a los alumnos a volver el rostro al pasado “cuando se tiene la convicción de que aquella enseñanza no puede sernos útil en el porvenir”. Diez años más tarde, el nuevo programa de la institución suprimió la materia de latín y extendió los cursos de inglés a cuatro años. *El Imparcial* se congratuló por este cambio, pues respondía al objeto de la educación moderna: la adaptación del alumno a los problemas de la vida. *El Imparcial* (4 ene. 1902).

²⁶ Parnaso es el nombre de una montaña de Grecia alejada de las ciudades y en la que supuestamente habitan las Musas, diosas de la poesía y protectoras de todo aquello que está por encima de las preocupaciones materiales. Es también el nombre que dio un grupo de poetas franceses a la revista en la que, entre 1866-1876, publicaron sus obras. En adelante, la palabra parnasiano fue utilizada para llamar al movimiento que afir-

miento sobre la salud física y la higiene mental de sus contemporáneos,²⁷ el poeta, orador, maestro y diputado Jesús Urueta había difundido en la Escuela Nacional Preparatoria el valor estético y cívico de la obra de Homero,²⁸ que fue considerada por el sentimiento barroco y neoclásico como esencial para instruir al hombre civil en las artes de la guerra y del orden doméstico.

En el verano de 1907, Pedro Henríquez Ureña, quien hasta entonces leía literatura antigua por deber, sin saborearla, se unió a la exploración iniciada por sus amigos. Solicitó a su padre que le enviara de Europa una colección de obras clásicas fundamentales y algunas de crítica.²⁹ Recibió el paquete, que contenía un volumen publicado en Inglaterra en junio de 1895. Su título era *Greek Studies: A Series of Essays* y con otros textos de Walter Pater, crítico, novelista, historiador del arte y ensayista inglés, era referencia obligada entre los escritores de Oxford, Oscar Wilde a la cabeza.³⁰

maba la belleza de los ideales estéticos griegos y latinos en oposición a los ideales "materialistas" del siglo XIX. Véase HIGHER, 1996. De acuerdo con Max Henríquez Ureña, el modernismo hispanoamericano recibió del parnasismo francés el anhelo de perfección de la forma y la idea del artista como un ser especial, alejado de los horrores de la vida material. M. HENRÍQUEZ UREÑA, 1978.

²⁷ Desde principios del siglo XX algunos protagonistas de la vida intelectual mexicana, Justo Sierra, Victoriano Salado Álvarez y José Juan Tablada entre ellos, habían venido manifestando su preocupación por los estragos del modernismo, de la literatura "decadentista" francesa y de la vida bohemia en la salud y la obra de los artistas.

²⁸ A principios de septiembre de 1903, Jesús Urueta concluyó la clase de lecturas literarias, obligatoria para todos los alumnos de los cursos de literatura universal y patria de la Escuela Nacional Preparatoria, con *La Ilíada*. Posteriormente, dio dos conferencias más sobre el tema. El doctor francés Garnault, jefe de la Facultad de Ciencias de Burdeos y de la Sociedad Francesa para el Avance de los Estudios Griegos, escribió un artículo elogioso de las pláticas impartidas por Jesús Urueta e hizo votos para que la levadura del helenismo fecundara en la pasta sólida de la cultura mexicana. En respuesta a tal cortesía, Jesús Urueta invitó a Garnault para que viniera a México a impartir una serie de conferencias con proyecciones luminosas de monumentos, ruinas, tipos y cuadros. DÍAZ Y DE OVANDO, 1972, pp. 238-240.

²⁹ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, pp. 140-141.

³⁰ Walter Pater nació en Londres en 1834. Durante su primera estan-

Que esta antología póstuma de Walter Pater saliera a la luz al tiempo que Oscar Wilde era procesado por "indecencia grave" es un dato que no pasaría inadvertido a los lectores mexicanos.³¹

En adelante, Pedro Henríquez Ureña sumaría a su inventario de citas bibliográficas *Ensayos griegos*, de Walter Pater, que tradujo al español para ser publicado en forma de cuaderno por entregas para los lectores de la *Revista Moderna de México*.³² Walter Pater se convirtió en autor de culto en el interior del pequeño universo creado alrededor de la figura tutelar del escritor dominicano. Uno y otro fueron motivo de diatribas por parte de José Juan Tablada, quien

cia en Oxford leyó a los clásicos griegos, influido por el también helenista John Ruskin. En 1876, tres años después de su primera publicación, *The Renaissance*, fue caricaturizado como un decadente, "Mr. Rose", en la sátira *The New Republic*, de W. H. Mallock. En 1893 regresó a vivir a Oxford, donde moriría en 1894. Se le recordaría más por su influencia sobre Oscar Wilde y otros escritores del círculo de Oxford que por sus interpretaciones del mundo clásico. Sin embargo, su influjo aún perdura entre los amantes de lo griego. Véase ISER, 1987.

³¹ Pedro Henríquez Ureña conocía la obra de Oscar Wilde desde 1903, ya que en sus *Ensayos Críticos*, publicado en La Habana en 1905, incluyó un texto acerca de este autor, que no les era ajeno a los lectores mexicanos. En 1906 fue publicado en *Saxia Moderna* fragmentos de "Cristo", traducidos por Ricardo Gómez Robelo. Seis años más tarde, en 1911, Julio Torri y un tal Benítez fueron al despacho que tenía Alfonso Reyes en la Escuela de Altos Estudios para avisarle que en la librería The Aztec estaban vendiendo por 45.00 pesos la obra completa de Oscar Wilde, quince lujosos tomos en edición limitada de 1 000 ejemplares publicados en 1909 en Nueva York. Alfonso Reyes hizo de inmediato la "preciosa adquisición" y le comunicó a Pedro Henríquez Ureña, entonces en La Habana, que podía quedarse con el *Earnest* de su propiedad que se había llevado. A vuelta de correo, Pedro Henríquez Ureña le comentó que estaba leyendo en *Uranisme et unisexualité*, publicado en la *Bibliothèque de Criminologie*, la descripción del proceso que había derivado en el encarcelamiento y el desprestigio de Oscar Wilde. El autor de este ensayo, Marc-André Raffalovich, había hecho una clasificación "lógica y científica" de la sexualidad y sostenía la tesis que es imposible fijar los límites entre la heterosexualidad y la homosexualidad. No admiraba a Oscar Wilde, pero creía que éste no era un vicioso. REYES, 1986, pp. 152-153 y 163-164.

³² La publicación de este cuaderno se inició en octubre de 1908, según lo anunciado por la redacción de la *Revista Moderna de México*. Pedro Henríquez Ureña comenzó a traducirlo meses antes.

malició la existencia de aberraciones íntimas en la moda griega recién importada a México:

Fue la amistad en nuestro grupo literario una gran escuela, y nuestras charlas instructivas y luminosas. Comentábamos mutuas lecturas, discutíamos problemas, aclarábamos incertidumbres y el reconocimiento de cada quien y la simpatía por afinidades generales fueron lazos de nuestra vinculación.

¡Pero jamás nos solemnizábamos y pobre del erudito que acudiendo a nuestras reuniones no acertara a realzar su sapiencia con las formas joviales, el *sprit* fulgurante y el *persiflage* de buen tono que prevalecía en nuestras reuniones!

Quienes entonces sabían más, Valenzuela y Balbino Dávalos, nunca intentaron poner cátedra, pues por estética pura eran como el acaudalado gentleman que jamás pregona su riqueza, aunque en el momento propicio sepa usarla generosamente...

¡Luego habrían de llegar aquellos trashumantes rastacueros de las letras que se tallaban diamantes para la corbata con el fondo del tintero de Menéndez y Pelayo, que predicaron la estricta imitación de Walter Pater olvidando sus aberraciones íntimas y que procedentes de oscuras regiones antillanas y contiguas a los dominios del general Manigato y del Duque de la Mermelada, intentaron catequizar espiritualmente a la patria de Netzahualcóyotl, de Sor Juana Inés y de Ramón López Velarde!

Nosotros catamos y reverenciamos el mérito de los mayores con fervor y entusiasmo hoy desconocidos, pero nunca aceptamos tutelas bastardas ni advenedizos magisterios.³³

Con el nosotros, José Juan Tablada se refiere al grupo que pobló las residencias de Jesús Valenzuela,³⁴ primero en Chimalistac y luego en Tlalpan, y que más tarde, ya enriquecido con nuevos convidados, paladearía licores y manjares durante las comidas organizadas por el doctor Aureliano Urrutia

³³ TABLADA, 1993, p. 57.

³⁴ Jesús Valenzuela fue patrono y codirector, con Amado Nervo, de la *Revista Moderna*, así como anfitrión de los escritores y políticos que circulaban en torno a esta publicación. Existen múltiples testimonios de su personalidad y de las tertulias que organizaba. Véanse TABLADA, 1937 y CAMPOS, 1996.

en el terreno de su futuro hospital Urrutia, en Coyoacán.³⁵ El “trashumante rastacueros” es, sin lugar a dudas, Pedro Henríquez Ureña, quien tenía la rara costumbre de reclutar talentos donde quiera que estuvieran y la aún más extraña voluntad de controlarlos.³⁶ Ejercía una influencia socrática sobre los demás. Enseñaba a oír, a ver, a pensar, suscitando interrogantes acerca de todo cuanto sucedía a su alrededor. Supo procurarse afectos entre los más jóvenes de los escritores mexicanos, que veían en él la seriedad de la carrera literaria y la aspiración a un saber de primera mano.³⁷

La lectura de los clásicos y de sus intérpretes afectó los temas y los estilos literarios de la cofradía e influyó en la definición de las vocaciones, los caracteres y la conducta de sus integrantes. El arquitecto Jesús T. Acevedo propuso organizar una serie de conferencias sobre temas griegos, lo que dio ocasión de reunirse con frecuencia para leer y discutir textos previamente seleccionados. Pedro Henríquez Ureña hizo una bibliografía extensa sobre Grecia y se dio a la tarea de adquirir los libros, ya fuera en México o solicitándolos a Europa y Estados Unidos. Así completó su colección de autores griegos y aumentó la de latinos. Los anaqueles de su biblioteca exhibían los éxitos de las pesquisas. En primera fila, después de Platón y Walter Pater, estaban las traducciones en español, francés, inglés o italiano de las fuentes originales: los poemas homéricos y hesiódicos; la versión inglesa de Gilbert Murray de las tragedias griegas, y los poetas bucólicos. A su lado estaban las monografías que orientaban la lectura y la interpretación de estos textos: los estudios acerca de mitos y ritos de Jene Harrison; *Historia de la literatura griega*, de Otfried Müller; *Los pensadores griegos*, de Theodor Gomperz; la *Historia de la filosofía europea*, de Alfred Weber.³⁸ Más tarde, las obras completas de Johan Goethe ocuparían un lugar central.

³⁵ SABORIT, 1992.

³⁶ REYES, 1997, pp. 145-146.

³⁷ TORRI, 1964, pp. 170-174.

³⁸ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, p. 140. Acerca del entusiasmo por Grecia en Europa y Estados Unidos durante el siglo XIX y las escuelas de la tradi-

El ciclo de conferencias sugerido por Jesús T. Acevedo y planeado a detalle por Pedro Henríquez Ureña nunca se llevó a cabo.³⁹ Quienes debían participar en él incumplieron el compromiso; preferían ir a las corridas de toros o pasear por el centro de la ciudad de México a consagrar su tiempo al estudio. No obstante, quedó la vivencia de una velada memorable:

Una vez nos citamos para releer en común el *Banquete*, de Platón. Éramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quién la seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibíades, como los estudiantes de que habla Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima Mantinea [...] La lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del mundo de la calle, por más que ocurría en un taller de arquitecto, inmediato a la más populosa avenida de la ciudad.⁴⁰

Era el taller de Jesús T. Acevedo, cuyas ventanas daban a una de las aceras de la calle de Plateros. Además del anfitrión y la tríada constituida por Antonio Caso, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, lo más probable es que también estuvieran Ricardo Gómez Robelo y Rubén Valenti. Cuando cerraron el libro ya amanecía. Sólo entonces se dieron cuenta de que había llovido toda la noche.⁴¹

ción clásica en la literatura de la época véase el segundo tomo del insuperable estudio de HIGHET, 1996.

³⁹ En una carta con fecha del 31 de enero de 1908, Pedro Henríquez Ureña le informó a Alfonso Reyes que “Nosotros” habían [...] “organizado un programa de cuarenta lecturas, que comprendían doce cantos, seis tragedias, dos comedias, nueve diálogos, Hesiodo, himnos, odas, idilios y elegías y otras cosas más, con sus correspondientes comentarios (Müller, Murray, Ouvré, Pater, Bréal, Ruskin, etc.)”. También le indicó que no comprendiera la lectura íntegra de Platón, sino sólo los diálogos escogidos: *La república, Las leyes, Fedro, Fedón, El simposio, Protágoras, Gorgias, Parménides, Timeo, Teeteto y Critia*. P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1986, pp. 74-75.

⁴⁰ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1981, p. 598.

⁴¹ REYES, 1956, p. 445.

De este grupo de lectores, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes eran los más afines entre sí. Los dos eran hijos de personalidades públicas, habían tenido infancia dependiente de los avatares políticos de sus padres y una educación por encima de la norma.⁴² Al momento de conocerse, las coincidencias entre uno y otro aumentaron: iban a los mismos sitios, veían los mismos rostros. Pero ninguna contingencia puede crear una familiaridad tan estrecha como la lectura de los mismos libros. La útil y estimable “Biblioteca Económica Filosófica”, publicada por Antonio Zozaya allá por los comienzos del siglo, hizo accesible a los estudiantes la filosofía de todos los tiempos y países. A mediados de 1907, Alfonso Reyes leía en las asambleas de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria uno de estos librillos manuales: *Diálogos* de Platón.⁴³ A unas cuadras de distancia, Pedro Henríquez Ureña leía otra edición del mismo texto.

DÍAS ALCIÓNES

Pedro Henríquez Ureña ya se consideraba hombre de letras; incluso tenía obra “importante” publicada. El bachiller Alfonso Reyes apenas entreveía la posibilidad de ser escritor. Desde niño, el dominicano exhalaba madurez y sabiduría; todo en él era ánimo de ser mayor.⁴⁴ En cambio, Alfonso Reyes disfrutaba su situación de benjamín. No podían ser confundidos. Pedro Henríquez Ureña era espigado y sólido, sin exceso alguno de volumen y piel atezada. También de estatura corta, el orondo y áureo Alfonso Reyes tendía hacia la gordura y la flacidez. Lo raso de su cabellera anunciaba pronta calvicie. La mata ensortijada e indomable que cubría la cabeza de Pedro Henríquez Ureña parecía inmortal.

⁴² Los mejores relatos sobre la parentela y la infancia de Alfonso Reyes son los escritos por él mismo y recopilados en REYES, 1990.

⁴³ REYES, 1997.

⁴⁴ M. HENRÍQUEZ UREÑA, 1987, pp. 9-24.

Entre ellos se produjo una desarmonía perfecta, con pausas y ritmos propios e inteligibles para los demás. Alfonso Reyes aprovechó las fiestas patrias de septiembre de 1907 para contemplar los atardeceres de Chapala. Llevaba consigo un cuaderno "íntimo" de Pedro Henríquez Ureña, quien a su vez trabajaba en una disertación sobre la obra inédita de Alfonso Reyes. El dominicano se afanó en revisar los manuscritos de su pupilo, pero Platón consumía buena parte de sus ocios. Platón y la musa lírica, ya que envió a Chapala un breve soneto inspirado en Gabriel d'Annunzio,⁴⁵ otro amante de Grecia. Alfonso Reyes agradeció el detalle, pero lo que le urgía era saber el veredicto sobre sus faenas literarias. La última carta que enviara de Jalisco a la ciudad de México terminaba con las preguntas siguientes: "¿Qué se me espera? ¿Qué fallo malauguras? ¿Cuál será tu sentencia? ¿Cuál tu consejo? Créeme que estoy ansioso de leer esa crítica".⁴⁶

La expectativa concluiría días después, con la entrega, mano a mano, de un texto bautizado con el nombre de *Genius Platonis* y que fue publicado completo en Santo Domingo y sólo su primera parte en México.⁴⁷ Ésta comienza con la caracterización del espíritu platónico según Walter Pater y prosigue con el enjuiciamiento, que no análisis, de Oscar Wilde y Gabriel d'Annunzio, dos artistas que según Pedro Henríquez Ureña no habían "[...] logrado realizar la evolución, acaso más significativa en lo moral que en lo puramente intelectual, del filósofo ateniense".⁴⁸ La segunda parte, inédita en México hasta que José Emilio Pacheco la publicara en la *Revista de la Universidad*,⁴⁹ inició con el res-

⁴⁵ Alfonso Reyes le puso a este soneto la fecha 1911 en lugar de 1907 y la incluyó en REYES, 1948, pp. 14-15.

⁴⁶ REYES, 1986, p. 49.

⁴⁷ Alfonso Reyes guardó esta "disertación platónica" en una de las carpetas de su archivo personal que contenían las cartas de Pedro Henríquez Ureña. A su vez, éste entregó la primera parte del texto a un periódico de Guadalajara, lo publicó íntegro en Santo Domingo y por último incorporó las primeras páginas a *Horas de estudio*, colección de ensayos publicada en 1910 e incluida en P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1981, pp. 154-157.

⁴⁸ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1981, p. 155.

⁴⁹ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1980.

cate del credo evangélico de José Enrique Rodó, para luego descubrir temperamento platónico en un nuevo poeta mexicano, Alfonso Reyes, en cuya obra juvenil, Pedro Henríquez Ureña encuentra tanto “la naturaleza del amante que derrama emociones eróticas” como los primeros síntomas de la “templanza académica”. Tras el dictamen, vienen los consejos:

El poeta adolescente [...] posee su principal virtud en su temperamento de amante, cuya explosión primaveral, de amanecer lírico, va templándose con la serenidad del estudio. La educación estética levantada a tan hermoso grado por el cultivo de la poesía arcaica necesita completarse con el fecundo ejercicio del *ensayo*, del estudio crítico. Entonces el hombre de escuela que existe en este platónico se convertirá en el verdadero humanista.⁵⁰

Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes buscaron la complicidad de Antonio Caso, quien era más avezado que sus condiscípulos en los temas filosóficos y en el arte de la retórica. Desde 1906 él había manifestado su interés por la filosofía, en especial por la obra de pensadores y místicos que habían sido desterrados de la enseñanza superior. Sus compañeros veían en él rasgos parecidos a los del joven Antístenes “[...] no ciertamente porque se le asomara el orgullo a través de los agujeros del manto, como al discípulo de Sócrates, sino porque consideraba el pensar como la más suprema de las voluptuosidades”.⁵¹ Era una persona cortés y ceremoniosa,⁵² atenta a las cuestiones de la razón y a los requerimientos de la fe. En julio de 1906 había publicado un texto raro tanto en la forma como en el contenido. Después de reproducir algunas consignas de Plotino, “apóstol pagano”, y de pregonar el valor de la meditación solitaria y ascética, Antonio Caso convocó a su generación para que filtrara las fuerzas naturales por el tamiz del espíritu y las resolviera en ideas. El mundo natural, corruptible y corpóreo,

⁵⁰ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1980, p. 12.

⁵¹ LÓPEZ, 1970, p. 207.

⁵² REYES, 1997.

tenía que diluirse en “ [...] lo único verdaderamente inmaterial, incorpóreo, incorruptible: el pensamiento”.⁵³

Juntos, los tres amigos realizaron marchas forzadas para acercarse a la quimera del humanista, según la descripción que de él hiciera Marcelino Menéndez y Pelayo: “el hombre que toma las letras clásicas como educación *humana*, como base y fundamento de cultura, como luz y deleite del espíritu”.⁵⁴ En su vagabundeo por los pasajes de la literatura griega bordearon los márgenes de un lago imaginario, el lago Alcionio, así descrito por Roberto Calasso:

El agua era firme como el metal. Alrededor, cañas y hierbas palustres se doblaban al viento, en silencio [...] Nadie podía imaginar algo más tranquilo que aquella superficie compacta. Pero el pequeño espejo del agua no tenía fondo. Quien se atreviera a nadar allí sería absorbido hacia abajo, sin fin.⁵⁵

Cuenta la leyenda que Dioniso se zambulló en esas aguas para alcanzar el Hades.

La palabra alciónico inventada por Pedro Henríquez Ureña para sintetizar la placidez de esos días singulares tiene su origen más remoto en el mito de Alcíone, hija del Guardián de los Vientos, y Ceice, hijo del Lucero del Alba. La felicidad que hallaron en mutua compañía fue la causa de su tragedia. En un momento de gozo intenso, Alcíone se llamó a sí misma Hera y nombró Zeus a su marido. En represión por tal atrevimiento, los Olímpicos desencadenaron una tormenta sobre el barco en el que Ceice viajaba hacia un

⁵³ CASO, 1906 a, p. 311.

⁵⁴ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1981, p. 49.

⁵⁵ CALASSO, 1999, p. 195. Del enlace de Cadmo y Harmonía, realizado en la ciudad de Tebas con la presencia de los Olímpicos, nacerían cuatro hijas: Autónoe, Ino, Ágave y Sêmele. Esta última fue poseída y victimada por Zeus, que descendió a la tierra en forma de rayo. Dioniso fue producto de este arrebato divino. Cuando creció, el dios fue en busca del reino subterráneo para devolver a la luz a su madre. A las orillas del lago Alcionio, Dioniso se encontró a Prosimno y le preguntó el camino del Hades. Prosimno dijo que se lo mostraría si Dioniso se dejaba hacer el amor como una mujer. Dioniso lo prometió, pero aplazó el cumplimiento de su promesa para cuando regresara del Hades. Después se sumergió en el lago.

oráculo. El ánima de su esposo muerto se le apareció a Alcíone, que se había quedado en Traquis. Ella entendió el mensaje divino y, conducida por la culpa y la desesperación, se arrojó al mar. Algún dios compasivo los transformó a ambos en martín pescadores, también conocidos como pájaros alciones. Desde entonces, cada invierno la hembra construye un nido compacto con las espinas de la ortiga de mar, vela en él los restos de su macho y después los arroja a las corrientes. Una vez concluido el ritual mortuorio, Alcíone pone sus huevos y los empolla. Ello ocurre en los días del Alción, o sea los siete que preceden al solsticio invernal y los siete que le siguen, mientras Eolo prohíbe a sus vientos que agiten las aguas.⁵⁶

Antes de zarpar, los navegantes del Mediterráneo extremaban sus oraciones a la diosa Alcíone para que los ayudara a sortear los arrecifes y las tormentas. Pero Alfonso Reyes, Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña ni eran navieros ni requerían, por el momento, salvaguardia alguna. Su aventura era otra, terrestre y literaria. Para ampararla adoptaron el valor de una expresión puesta al día por Gabriel d'Annunzio, experto en "elegir aquella palabra que por su situación en la frase, por su sonoridad, por la vibración que les comunica a las palabras vecinas y también por su mismo aspecto ortográfico, expresa todas las cualidades del objeto representado".⁵⁷

Gabriel d'Annunzio bautizó con el nombre de *Alcione* a uno de sus más célebres libros. El poema reúne diversos motivos (los centauros, los niños flautistas, las criaturas espléndidas como nuevos mitos, las labores de siembra y de cosecha, el pesar por la muerte del verano, los primeros indicios del otoño y de su estación sucesora) en un solo ciclo lírico y bajo un ambiente único, concordancia sublime de los astros, los seres vivos y las cosas inanimadas. Para hacer-

⁵⁶ La leyenda del nido del alción o martín pescador se refiere al nacimiento del nuevo Rey Sagrado, después de que la reina, la Diosa Luna, ha conducido el cadáver del Rey Viejo a una isla sepulcral. GRAVES, 1996, pp. 209-212.

⁵⁷ PRAZ, 1999, p. 849.

lo, se inspiró en un tratado de agricultura escrito por un anciano diestro en todo lo relacionado con la labranza. El poeta escardó las palabras del agricultor y encontró en una de ellas, *alcione*, la gracia de generar imágenes y poemas.⁵⁸

Vista a través del prisma de sus últimos descubrimientos, el mito de Alcíone y el poema inspirado en él le revelaron a Pedro Henríquez Ureña estados de ánimo acordes con las experiencias que estaba viviendo y las sensaciones que éstas le producían. Quizá por ello eligió el título “Días alciónicos” para nombrar su primera colaboración en la *Revista Moderna de México*, que fue dedicada a Antonio Caso y Alfonso Reyes, en ese orden.⁵⁹ Este título sería ligeramente alterado por Octavio Paz para referirse a otros momentos invernales de paz y concentración singulares:

La calma de los últimos días del año [la gente salió de la ciudad o se encerró en sus casas para celebrar en la intimidad los ritos de pasaje] me ha dado un respiro y ocasión de poner un poco de orden, ya que no en mi cabeza, al menos en mis papeles. Han sido días alciónicos, como decía Henríquez Ureña.⁶⁰

La magnificencia del ambiente y la suprema armonía entre las personas agilizaron la marcha de los tres amigos hacia el mundo clásico. Antes que moldear su carácter o definir su destino, las lecturas que realizaron les dieron la posibilidad de convertir los actos individuales en experiencias genéricas. Los primeros tienen tiempo y espacio, son mortales y fastidiosos, repiten la torpeza de lo cotidiano. Nada hay de prodigioso en que algunos lectores se encuentren mutuamente, compartan penas y alegrías, lecturas e ideales, y se complazcan con el recuento diario de su amistad. La magia comienza cuando estos actos engendran un cosmos propio, el cosmos de la lectura. Y no porque según una añeja máxima el mundo sea un libro abierto ante nuestros ojos, sino porque el libro —“extensión de la memoria y

⁵⁸ PAZ, 1999, pp. 899-918.

⁵⁹ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1981, pp. 49-50.

⁶⁰ PAZ, 1999, p. 303.

de la imaginación del hombre”, según Jorge Luis Borges—⁶¹ tiene el don de crear universos con metáforas como astros y miles de referencias cruzadas entre sí.⁶²

En el principio de todo ello estuvieron los escritores griegos, que en el México de principios del siglo XX fueron leídos tardíamente respecto a la media de la época, sin maestros vivos que guiaran el estudio y combinados con libros de actualidad. Si, según se afirma, cada generación se define a sí misma por sus formas de leer a los clásicos, ésta se caracterizó por la ausencia de métodos establecidos, llámense academia, tradición o filología, para acercarse interiormente a la antigüedad y sentir lo que ella era para el hombre moderno. La pasión sustituyó a la impericia y donde faltó conocimiento hubo intuición. Detrás de este montaje estaban las metáforas y el ejemplo de Federico Nietzsche, quien murió en 1900 convencido de que era la reencarnación de Dioniso.⁶³

El encuentro, pleno y entrañable, de nuestros protagonistas con la cultura clásica figura entre los momentos estelares de la vida intelectual en México. Nunca se podrá reconstruir con exactitud, mucho menos interpretar, los detalles, los matices y las honduras del diálogo que sostuvieron con los textos.⁶⁴ Mejor así, ya que en la literatura, como en el amor, el misterio importa. Sabemos lo trascendental: que compartieron una profunda admiración por “el milagro griego”. Ello los puso al ritmo de su tiempo, pues el pensamiento y la sensibilidad de la época obtuvo su fuerza esencial de una reflexión sobre el helenismo.⁶⁵ Pero la simbiosis entre el poeta (Alfonso Reyes), el filósofo (Antonio Caso) y el crítico (Pedro Henríquez Ureña) fue interrumpida por la intromisión del general Bernardo Reyes, militar y gobernante, quien llamó a su hijo a la casa familiar, en la ciudad de Monterrey.

⁶¹ BORGES, 1996, p. 165.

⁶² CHARTIER, 1999.

⁶³ CHAMBERLAIN, 1996.

⁶⁴ DARNTON, 1987, advierte que no podemos mirar sobre los hombros de nuestros antepasados ni interrogarlos acerca de lo que sentían o ideaban al leer.

⁶⁵ STEINER, 2000.

EL IMPULSO LÍRICO

Alfonso Reyes aprovechó las vacaciones en su tierra natal para hacer lo contrario de lo que le había aconsejado su preceptor. Criticó la “perra costumbre” de poner notas eruditas en todo cuanto se escribía; desperdió talento y oportunidades con compañías y en ocupaciones poco recomendables. Pese a ello mejoró su latín y dedicó dos días y medio a la lectura de *El origen de la tragedia*, escrito en 1872. Hojeó una y otra vez este libro tomando nota de sus contenidos centrales con las intenciones de comprender la genealogía elaborada por Federico Nietzsche y redactar un ensayo sobre ella. Lo primero, entender cuánto decía un texto, era algo connatural en Alfonso Reyes. Lo segundo, escribir prosa erudita, le había sido solicitado por Pedro Henríquez Ureña, cuyas peticiones eran exigencias. Pero en vez de cumplir la tarea que se le había encomendado, Alfonso Reyes resolvió, por vez primera, hablar de lo que no entendía o, como él dijo que decían sus amigos, “hacer crítica”. Cometió una ligereza más: fecundar su mente con las ideas de *El origen de la tragedia*. El tema del placer dionisiaco, el de la embriaguez y la locura, y su opuesto, el de la ilusión apolínea, fue el que más atrajo y su interés. Quería que sus amigos más íntimos, que eran parte de él mismo, fueran felices con alegría sencilla y descuidada, aunque le pesara a Federico Nietzsche.⁶⁶

Contra su costumbre, Pedro Henríquez Ureña obvió las bravatas de su discípulo y rehuyó la oportunidad de darle varapalos. Una explicación posible es que, al igual que muchos de sus contemporáneos, Pedro Henríquez Ureña pensara que Federico Nietzsche ya había perdido la razón cuando estaba escribiendo sus libros, y que darles importancia era síntoma de locura. Pese a este probable prejuicio, en el ensayo “Nietzsche y el pragmatismo (Nota al vuelo)”, publicado en mayo de 1908, Pedro Henríquez Ureña reconoce que el filósofo alemán provocó la agitación intelectual de finales del siglo XIX y principios del XX.⁶⁷ Tras este reconocimiento, re-

⁶⁶ REYES, 1986, pp. 50-65 y 90-103.

⁶⁷ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1908.

produce una serie de aforismos que demuestran las coincidencias entre el pensamiento de William James y las sentencias de Federico Nietzsche.⁶⁸

Este impreso fue el fruto inaugural de una cadena de casualidades y de actos intencionados. En julio de 1906, Ricardo Gómez Robelo realizó una reseña de *Ensayos críticos*, primer libro de Pedro Henríquez Ureña, en la que criticó la fe en el progreso y en la ilustración que exhalaba el texto y citó a Federico Nietzsche para fundamentar esta opinión.⁶⁹ Más tarde, Ricardo Gómez Robelo conversaría con Pedro Henríquez Ureña acerca de las limitaciones del positivismo. Acicateado por la erudición y la elocuencia de su crítico, Pedro Henríquez Ureña buscó en revistas y libros de España, Estados Unidos, Francia e Italia reacciones en contra y en favor de la influencia de Federico Nietzsche en la literatura, la música y las costumbres de la época. Abrió la primera de sus colaboraciones en *Savia Moderna* con el resultado de esta pesquisa: Federico Nietzsche había tenido la gracia de revelar la existencia y la monta de tendencias trágicas en la creación, pero estas mismas fuerzas lo sumieron en las tinieblas de la locura.⁷⁰

Poco tiempo después, durante una discusión en la que también participaba Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña escuchó en voz de Rubén Valenti, lector de publicaciones italianas, los nombres de filósofos europeos que habían estremecido la confianza en la razón y el progreso. La argumentación de Rubén Valenti contra la ciencia fue tan enérgica que al día siguiente Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña iniciaron la búsqueda de libros sobre el antiintelectualismo y el pragmatismo. El auge de estas tendencias en el mundo de habla hispana hizo que la tarea resultara fácil. Compraron las obras de los autores que habían escuchado y de muchos más de los incluidos en la biblioteca Alean⁷¹ y

⁶⁸ Tales fragmentos fueron sacados de una edición en inglés de *La gaya ciencia*, publicado en alemán en 1882.

⁶⁹ GÓMEZ ROBELO, 1906.

⁷⁰ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1906.

⁷¹ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, pp. 141-142.

en el catálogo de obras en venta de la librería de la Viuda de Charles Bourel.⁷² Antonio Caso ya poseía una estantería bien surtida de filosofía; Pedro Henríquez Ureña formó la propia y compartió con su interlocutor las novedades encontradas. Ambos se empeñaron en incluir a Alfonso Reyes en los misterios que ante ellos se abrían.

Pedro Henríquez Ureña no menospreciaba el valor de la obra de Federico Nietzsche, aunque sí recelaba de los efectos devastadores de su pensamiento sobre la emotividad de los lectores. Por el contrario, Alfonso Reyes, quien presumía de no haber entendido el fundamento metafísico de tal filosofía, toleró que las ficciones del “gran destructor” fecundizaran en su alma y que sus palabras le hablaran del cuerpo, de la alegría, de la virilidad, del sufrimiento y del impulso vital del ser, concepto similar al de “impulso lírico” acuñado por Alfonso Reyes. Nunca dio vestidura formal a esta conjetura sobre la energía ascendente de la vida,⁷³ muy propia de Dioniso. Sin embargo, hubo un momento de su existencia en el que permitió que el aliento vital, el del deseo y el instinto, lo gobernara.

Ello ocurrió al comenzar el difícil año de 1908, en las semanas posteriores a la lectura de *El origen de la tragedia*. Alfonso Reyes quería un futuro distinto al que se le ofrecía: estudiar derecho, conseguir empleo en la burocracia y seguir siendo el hijo despistado del general Bernardo Reyes. Depositó sus ilusiones en un viaje a Nueva York que, bien lo sabía él, nunca llegaría a realizar. Pero la ilusión del éxodo le servía para menguar el mayor de sus padecimientos, sentir la lejanía de sus compañeros de espíritu y la culpa por traicionar la memoria de lo vivido con ellos. Su mayor miedo era convertirse en un burgués, en un espíritu sin ninguna fuerza, ni para el bien ni para el mal, ni para lo hermoso ni para lo feo. Temía que su débil voluntad se derrumbara y

⁷² BOURET, 1909.

⁷³ En realidad, Pedro Henríquez Ureña fue quien insistió en la existencia de esta teoría y mencionó haberla discutido innumerables veces con Alfonso Reyes. Véase P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1981, pp. 298-299.

no tuviera valor de enfrentar la mediocridad del ambiente, la autoridad de su padre y las dificultades de la escritura.

Pedro Henríquez Ureña sufría sus propios tormentos. En el curso de los últimos meses había perdido “[...] toda opinión decisiva, toda solución completa, toda ley de las cosas y de los hombres [...] Había llegado al escepticismo y descuidado la fe en la humanidad”. Su situación personal era desesperante, enfermándose su vista en un local alumbrado eléctricamente de día y sin esperanzas de conseguir algo mejor que su empleo en una compañía de seguros. De nada le había valido conformarse con ser un diletante honrado en lugar de un auténtico literato. Tener un problema de vida no resuelto hacía imposible el estudio y martirizaba su cuerpo. Todo le venía de adentro. Los dioses no le procuraban la paz.⁷⁴

En opinión de Alfonso Reyes, la carta en la que Pedro Henríquez Ureña le confesó sus pesares era la mejor de las epístolas que había recibido en su vida. No la comentó por escrito porque pronto tendría la dicha de hacerlo en vivo. Había decidido cancelar su odisea en el extranjero e ir a la ciudad de México para estudiar juntos —él y Pedro Henríquez Ureña— en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.⁷⁵ Ésa era una posibilidad. La otra, era que los dos “hicieran sus bultos” y se fueran a Nueva York.⁷⁶ Éste fue el deseo y el ruego de Alfonso Reyes, pero sobre él privó la imperturbabilidad de Pedro Henríquez Ureña. No se podía dejar todo al garete en aras de un impulso irracional, por más potente que fuera éste.

ARIEL

Alfonso Reyes trajo a la ciudad de México su convicción, cada día más resistente, de ser escritor. Consiguió un cuarto de trabajo en la azotea de una casa que entonces correspon-

⁷⁴ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1986, pp. 110-115.

⁷⁵ Por no tener sus papeles en orden para inscribirse, ni tiempo para asistir a clases, Pedro Henríquez aplazaría hasta 1910 su decisión de estudiar leyes. Alfonso Reyes se incorporó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1908.

⁷⁶ REYES, 1986, pp. 115-116.

día al número 1 de la avenida Isabel la Católica. A través de las ventanas se veían los remates de las torres de la Catedral, en forma de enormes campanas, y se dominaba el panorama céntrico del valle de México. Cuando Alfonso Reyes no quería estar solo, colgaba un aviso de cartón en la barandilla que circunscribía el hueco cuadrado del patio.⁷⁷ La lluvia, tan descortés, lo visitaba todos los días. Las tardes de domingo eran las más solitarias.

Para entonces, Alfonso Reyes ya vivía “en plena literatura”. Estaba entregado al estudio de los griegos bajo la supervisión de Pedro Henríquez Ureña y la serena compañía de Walter Pater. Tanto él como sus amigos asimilaban los acontecimientos y las lecturas más recientes de su existencia para imaginar un modelo a seguir. La experiencia les había mostrado la importancia de la intuición mística, del delirio. Pero “la vida superior no debía ser el perpetuo éxtasis o la locura profética, sino que había de alcanzarse por la *sofrosine*.”⁷⁸ Dionisos inspiraría verdades supremas en ocasiones, pero Apolo debía gobernar los actos cotidianos.⁷⁹ Baco, las Ménades y las Bacantes, Sileno, los faunos y Sémele son seres de la oscuridad y del delirio, de la embriaguez y el desenfreno, más propios de los poetas y pintores “decadentistas”, como se les llamaba a los sobrevivientes del modernismo, que de los literatos, políticos y filósofos de la generación que los sucedió. Los primeros, vivieron la ciudad de México de finales de siglo como si se tratara de una Tebas moderna. La segunda, tenía puesta su mirada en el ágora de Atenas e intentaba emular la serenidad de la Hélade. La Grecia en la que creía estaba viva, se esforzaba por alcanzar lo que le era propio, inventaba utopías y quería dar realidad, mediante el estudio, el ejemplo y la acción, al sueño de perfección. Más aún: algunos de los miem-

⁷⁷ REYES, 1983, pp. 128-129.

⁷⁸ “Entre los griegos la prudencia se concentraba en la *phronesis*, pero además andaba dispersa en otras dos categorías: el autodomínio (*sophrosyne*) y la astucia, prudencia o inteligencia, que es la característica de Ulises. El autodomínio tiene dos aspectos: uno público (‘ser obediente a sus gobernantes’) y otro privado (‘hacer obedecer los apetitos’). CASTAÑÓN, 2000, p. 126.

⁷⁹ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1981, p. 600.

bros de la nueva generación barruntaron que en ellos mismos se hallaban los gérmenes de tal perfección.

Este modelo debía mucho al renacimiento clásico alemán, que encauzó la excursión de la juventud mexicana por la cultura griega. Pero el influjo de los pensadores y poetas alemanes, a la larga definitivo, era menor que el de José Enrique Rodó, un ignoto profesor de literatura en la Universidad de Montevideo, quien revivió una dicotomía de inspiración clásica y ambiente indiano: Ariel y Calibán. Ambos personajes de *La tempestad* están al servicio de Próspero, el Duque de Milán que fue despojado por su hermano.⁸⁰ Ariel es un elfo, el genio del aire que posee poderes mágicos que crecen a medida que sirve a una causa justa y combate lo que detesta, la mentira, la inconsistencia y la infidelidad. Es capaz de suscitar espejismos y hacerse invisible. Reina sobre los elementos, desencadena lluvia, viento y fuego a su voluntad. Cuando es perceptible, adquiere formas encantadoras y produce luminosidad. En cambio, Calibán (nombre que es un anagrama de la palabra caníbal) tiene figura humana, deforme y simiesca. Es hijo de una bruja desterrada de Argel por sus fechorías.⁸¹ Gracias a las enseñanzas de Próspero aprendió a hablar, pero nunca pronuncia para los otros palabras amables. Pese a sus innumerables defectos, su amo no puede prescindir de él: enciende el fuego, procura la leña y rinde servicios provechosos.

A lo largo del siglo XIX, Ariel representó la parte noble, grácil y alada del espíritu. Johan Goethe le concedió la honra de dirigir el "Coro de Espíritus" que abre la segunda parte de *Fausto*, obra terminada en el estío de 1831.⁸² Veinte años después, en 1851, el astrónomo William Lassell bautizó con el nombre de Ariel a la más luminosa luna de Urano.

Al paso de los años, el antípoda de Ariel, el horrrisono Calibán, se convirtió en un personaje maligno, asociado a la

⁸⁰ SHAKESPEARE, 1998.

⁸¹ Para crear este personaje, Shakespeare se inspiró en el capítulo sobre los caníbales de los *Ensayos* de Montaigne, traducido al inglés por Giovanni Floro y publicado en 1603, ocho años antes de que *La tempestad* fuera puesta en escena, pues para eso fue escrita.

⁸² GOETHE, 1991.

estupidez, el materialismo y la barbarie. La lucha entre ambos, a veces representados como dos fragmentos inseparables de un todo, inspiró a literatos de diversas latitudes y épocas.⁸³ No siempre triunfaba el bien. Siete años después de la Comuna de París, Ernesto Renan publicó *Calibán*, continuación de *La tempestad*, drama filosófico en el que Próspero es derrotado por su antiguo sirviente y Ariel desaparece.⁸⁴ Según este autor, Atenas estaba oculta dentro del hombre moderno y el mundo sólo se salvaría cuando retornara al Partenón y rompiera sus vínculos con la barbarie.

En 1900, fecha señalada, José Enrique Rodó escribió un “sermón laico”, ni novela ni ensayo, dedicado a la juventud de América.⁸⁵ La obra se parecía a los diálogos de Ernesto Renan, pero no era un coloquio, sino un monólogo. Próspero, maestro venerable así llamado en honor al personaje de *La tempestad*, se despide de sus discípulos en una sala de estudio en la que destaca un bronce de Ariel en el instante en que se eleva hacia el aire, su elemento natural. Habla a los jóvenes intelectuales de América Latina sobre el desarrollo de la personalidad, el valor de la fe en el porvenir y la importancia de la alegría. Exhorta a la juventud intelectual a buscar la armonía de sus facultades y a perseverar en la búsqueda de la belleza. Asimismo, advierte los peligros de emular la experiencia de Estados Unidos, “encarnación del verbo utilitario”, analiza los méritos y los defectos de la civilización estadounidense y exhorta a oponer a la “nordomanía” un camino espiritual propio.

Pedro Henríquez Ureña leyó *Ariel* en Santo Domingo durante 1900, que fue el año decisivo en la formación de su gusto literario. La lectura ocurrió en la casa de las hermanas Feltz, especie de Salón Goncourt en la República Dominicana, cuando el padre de Pedro Henríquez Ureña era ministro de Relaciones Exteriores y se creía que la era de los tiranos incultos había acabado. *Ariel* les hizo gustar a es-

⁸³ Para el caso de América Latina véase FERNÁNDEZ, 1974.

⁸⁴ Lo más factible es que los lectores mexicanos de principios del siglo xx leyeran la edición francesa publicada en París en 1878.

⁸⁵ Rodó, 1966.

tos lectores el nuevo estilo castellano, mientras que la lectura, ahora en español, de William Shakespeare y la iniciación en la poesía de Gabriel D'Annunzio, leída en francés, les advertía sobre la perdurabilidad de los clásicos. Pero el descubrimiento capital de ese año fue el teatro de Ibsen.⁸⁶

Desde entonces Pedro Henríquez Ureña fue uno de los más devotos admiradores de José Enrique Rodó, a quien le pidió permiso para publicar en Cuba el *Ariel*, "obra destinada a mantener de una generación los ojos fijos en el grande ideal".⁸⁷

Una vez instalado en la ciudad de México, Pedro Henríquez Ureña procuraría que el credo de José Enrique Rodó circulara en territorio mexicano.⁸⁸ En diciembre de 1907, Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, Alfonso Cravioto, Rafael López, Rubén Valenti, Ricardo Gómez Robelo y los hermanos Henríquez Ureña, firmaron una carta dirigida al general Bernardo Reyes, solicitándole que costeara la publicación de *Ariel*.⁸⁹ Alfonso Reyes vigiló la edición, que estuvo lista el 14 de mayo de 1908 con una nota al frente en la que Pedro Henríquez Ureña, advertía que si bien *Ariel* no ofrecía "la única ni la más perfecta enseñanza que a la juventud conviene", nadie podía negar ni la virtud esencial de su doctrina ni el estímulo y la persuasión de su prédica.⁹⁰ El libro fue incluido como lectura obligatoria en la Escuela Nacional Preparatoria, cuyo director, Porfirio Parra, ordenó una nueva edición.⁹¹ A

⁸⁶ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, pp. 59-60.

⁸⁷ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1981, p. 28.

⁸⁸ GARCÍA, 1992, pp. 119-132.

⁸⁹ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, p. 144.

⁹⁰ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1908.

⁹¹ El 19 de marzo de 1909 *El Imparcial* informó que con motivo de la edición que la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria mandó hacer del *Ariel* se había producido un intercambio epistolar entre Porfirio Parra, director del establecimiento mexicano, y "el distinguido literato y filósofo uruguayo don José Enrique Rodó". En la primera carta, Porfirio Parra esbozó el plan de la educación basado en las ciencias y alabó la benéfica influencia de *Ariel* en la juventud estudiosa. En su respuesta, José Enrique Rodó manifestó su admiración hacia México, al que creía llamado a representar un gran papel en el progreso de las naciones latinas. *El Imparcial* (19 mar. 1909).

su vez, el ministro Justo Sierra pidió al poeta y funcionario Luis G. Urbina que leyera en voz alta algunos fragmentos del libro durante una ceremonia estudiantil realizada en el Salón de Actos del edificio de San Ildefonso.⁹²

Pedro Henríquez Ureña no compartía la visión, en su opinión esquemática y cargada de prejuicios, de José Enrique Rodó respecto a la cultura estadounidense.⁹³ Tampoco estaba de acuerdo con su imagen, “salida de la pintura color de rosa de Ernesto Renan”, de la Grecia antigua. La lectura de pensadores modernos le sugirieron puntos de vista “muy nuevos en América” y más acordes con los tiempos que corrían: “la Grecia pesimista de Schopenhauer y Nietzsche, la serenísima de Walter Pater, la irónica y cumplidísima de Oscar Wilde”.⁹⁴ Pese a estas discrepancias, Pedro Henríquez Ureña hizo más de lo que nadie había hecho por la causa arielista. Quiso llevar la palabra a la acción y personificar a Próspero, el maestro de la juventud latinoamericana. Supuso que la ciudad de México era el sitio predestinado para ello; confió en los agüeros felices de sus dos primaveras iniciales en tierra mexicana y en la buena estrella de “El nacimiento de Dionisos”, que en su momento fue elogiada por José Enrique Rodó:

[...] es lo más hermoso que ha salido de la pluma de usted [...], y es una de las cosas más bellas de la nueva literatura hispanoamericana. El hondo y personal sentido del mito encarna en una noble belleza de estirpe muy superior a la que deslumbra los ojos del vulgo literario. Si usted escribe dos o tres cosas más de ese género y las reúne en un tomo, honrará su propio nombre y merecerá el agradecimiento de cuantos aman, en América, la cultura y el arte.⁹⁵

⁹² GARCÍA, 1992, p. 130.

⁹³ Pedro Henríquez Ureña había vivido en Nueva York, de enero de 1901 a marzo de 1904. Sobre su estadía en esa ciudad, véase P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, pp. 77-99.

⁹⁴ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, p. 125.

⁹⁵ RODÓ, 1966, p. 1363.

Es probable que Pedro Henríquez Ureña, quien desde su infancia había leído a Shakespeare,⁹⁶ advirtiera paralelismos entre él mismo y Próspero. Cuando este culto gobernante fue víctima de la deslealtad de su hermano Antonio y de la perfidia del rey de Nápoles, se refugió con su hija, la hermosa y casta Miranda, en una isla remota. Ahí tuvo tiempo y paz para concluir los estudios que iniciara en Milán y que lo habían alejado de los asuntos de gobierno. Se hizo servir por Ariel y Calibán, bajo la promesa de que una vez que él recuperara su ducado y se vengara de sus verdugos ambos serían liberados.

Pedro Henríquez Ureña nació en una isla semejante a la de *La tempestad*. Descendía de una familia de ilustres políticos e intelectuales cuyo propósito de reinar con sabiduría y bondad fue frustrado por la avaricia del imperio estadounidense y sus aliados caribeños, los tiranos calibanes.⁹⁷ Condenado al exilio, cultivó saber y experiencia en espera del momento propicio para realizar su destino. Por lo pronto, su situación en México cambiaba en forma favorable. El proyecto, por varios meses en suspenso, de realizar por encargo del ministro Justo Sierra una antología de la literatura mexicana durante el primer siglo de vida independiente se concretó gracias a las gestiones de Luis G. Urbina. El salario era magro, pero las tareas y la compañía compensaban tal desdicha.⁹⁸

⁹⁶ Estimulados por haber visto en escena los dramas de Shakespeare, los niños Pedro y Max Henríquez Ureña fueron a una librería de Santo Domingo con el propósito de comprar las obras completas de este autor. El encargado del comercio se negó a venderles los textos, argumentando que aún no podían entenderlos. A la mañana siguiente, el padre de los menores adquirió para ellos el preciado tesoro.

⁹⁷ El doctor Henríquez y la poetisa Salomé Ureña fueron miembros de "La Sociedad de Amigos del País", asociación creada por Eugenio María de Hostos con el propósito de formar dirigentes para la futura patria que habría de levantarse sobre las ruinas dejadas tras dos siglos de orfandad. La nostalgia por el antiguo esplendor de Santo Domingo, el ideal de una gran confederación que agrupara a las naciones del Caribe, la lucha contra la intervención estadounidense en los asuntos internos y un tímido democratismo orientaron la actividad de esta asociación en la política y la cultura. REVUELTAS, 1985.

⁹⁸ MARTÍNEZ, 1985, p. XIX.

Además de participar en la antología del Centenario, Pedro Henríquez Ureña redobló sus afanes para formar la cofradía, pequeña y selecta, de su academia. La tarea implicaba buscar, seleccionar y adiestrar reclutas y relegar a quienes no tuvieran las cualidades necesarias. Varios de sus antiguos camaradas y protectores fueron excluidos con base en juicios sumarios que deshonran más al juez que a las víctimas.⁹⁹ Serían sustituidos por nuevos reclutas, Julio Torri, Carlos Díaz Duffo hijo, Martín Luis Guzmán, Isidro Fabela y Mariano Silva y Aceves, más afines tanto al temple aristocrático del grupo como a los empeños pedagógicos de Pedro Henríquez Ureña. Más tarde se les arrimaría, sin agruparse del todo, José Vasconcelos, con mayor edad, sapiencia y carácter que los demás.¹⁰⁰

Pedro Henríquez Ureña aún no había desarrollado del todo su teoría de la obra intelectual como producto de un pequeño grupo que vive en alta tensión, que se ve todos los días por horas y trabaja en todo activamente.¹⁰¹ Sin embargo, su naturaleza afable, su vocación magisterial y sus intereses particulares hicieron que desde sus primeros días en México buscara el trato íntimo con los demás. "Vivía entre sus discípulos [es necesario confesarlo] en un mundo de pasión".¹⁰² No era varón de muchas palabras, aunque sí de veredictos y de ejemplo. Pertenecía al género de maestros que, según Jorge Luis Borges, no sólo exponían la ley, sino que eran la ley.¹⁰³ Julio Torri recordaría que estar incluido en una de sus temidas "listas" y haber obtenido su aprobación era como tener la celebridad en el bolsillo. Hacía comentarios incisivos, no siempre inteligentes ni justos,

⁹⁹ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1989, pp. 159-210.

¹⁰⁰ José Vasconcelos fue condiscípulo de Antonio Caso en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Al concluir sus estudios de abogado partió a San Luis Potosí para desempeñar un puesto burocrático. Cuando volvió a la ciudad de México, poco antes de que concluyera 1908, reanudó su amistad con Antonio Caso, quien lo introdujo al círculo de amigos. VASCONCELOS, 1983, pp. 267-269.

¹⁰¹ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1986, pp. 344-345.

¹⁰² TORRI, 1964, p. 173.

¹⁰³ BORGES, 1981, p. VII.

acerca de todo y de todos. En lo peor de sí mismo, lanzaba golpes bajos que percutían en las canchas literarias de la capital del país. “Cerca de sí no había sino devotos y maldicientes”.¹⁰⁴

El selecto grupo conducido por Pedro Henríquez Ureña se reunía al menos dos veces por semana en la biblioteca de la casa de Antonio Caso para leer, comentar y discutir textos propios y ajenos. Un enorme busto de Johan Goethe, habilitado como perchero de sombreros y gabanes, presidía las conversaciones. En el fondo, un reloj iba dando las horas; cuando importunaba demasiado se le hacía callar. Antonio Caso oía y comentaba todo, como si ésta fuera la última oportunidad de escuchar y deliberar lo dicho. Alfonso Reyes esparcía signos de madurez, que en aquel entonces confundía con la santidad y la disciplina. Quería para sí el ideal del [...] “varón absoluto que dé, como Zeus, prenda de su voluntad con el movimiento solo, y levísimo, de su cabeza, y atraiga todas las miradas, como un fuego súbito en mitad de la noche”.¹⁰⁵ Por esa época Alfonso Reyes era llamado Euforión,¹⁰⁶ porque “[...] como el hijo de “Fausto y la Belleza clásica, era apto y enérgico en todo noble ejercicio del alma”.¹⁰⁷

La lista de los libros que se leían y de los temas que se debatían en aquellas reuniones asombra por su tamaño y diversidad.¹⁰⁸ Sin embargo, el propósito siempre fue el mismo: prepararse con fines a ejercer “sutil influjo espiritual” en la

¹⁰⁴ TORRI, 1964, p. 173.

¹⁰⁵ REYES, 1956, p. 120.

¹⁰⁶ El nacimiento de Euforión, personaje de *Fausto II*, es un suceso fundamental en la literatura inspirada en los clásicos. Mefistófeles, el demonio amigo de Fausto, enseña a éste la manera de evocar a Helena de Troya. Él lo hace así, pero Helena se esfuma y Fausto pierde el sentido. Más tarde ella busca la ayuda de Fausto para que impida que Menelao, su esposo, la sacrifique. Fausto retorna ahora a guisa de un noble medieval en un castillo gótico; salva a Helena y la convierte en su amante. Tienen un hijo, Euforión, con fuerza y agilidad sobrehumanas que le permiten robar todos los atributos de los dioses. El niño persigue a la Belleza hasta caer muerto. Helena huye por última vez.

¹⁰⁷ VASCONCELOS, 1983, p. 131.

¹⁰⁸ QUINTANILLA, 1993.

reconstrucción por venir. Además de dones naturales y disposición para el estudio, tal preparación exigía disciplina interior y voluntad. El “impulso lírico”, concepto acuñado y defendido por Alfonso Reyes, debía llamar a la razón para que condujera a término feliz la creación intelectual.¹⁰⁹

El cincel de Pedro Henríquez Ureña era implacable con las formas y los materiales diferentes a sus modos y caprichos. A veces, las tertulias se extendían hasta el alba. Cuando alguien daba por concluido el asunto a debate, u otro hacía ademán de despedida, Pedro Henríquez Ureña imponía su orden. Parecía como si para él “no existieran el tiempo y el espacio, sólo la causa”. En aras de ella todo sacrificio era válido; toda crítica era útil; todo enojo era comprensible. A diferencia del Pedro escritor, diáfano y generoso, “Pedro el hombre era insondable, inesperado, vertiginoso y genial; y como su originalidad y su despojo de atavíos y miramientos inútiles llegaban fácilmente a extremos temerarios, también se le pudo llamar, como al filósofo de antaño, ‘el Sócrates furioso’”.¹¹⁰

EL BANQUETE

El solsticio de invierno de 1908 se acercaba y con él venía el recuerdo de los días alciónicos vividos en el ciclo invernal anterior. Los jóvenes que en la fusión de sus ánimas se sintieron tocados por los dioses y prometieron, como Sócrates y sus discípulos ante la eminencia del fin, transmitir de una generación a otra la leyenda de Alcíone, convinieron en realizar un festejo de aniversario.¹¹¹ Presumo que la idea de aprovechar el supuesto nacimiento de Dioniso para organizar una íntima fiesta literaria fue de Pedro Henríquez Ureña, quien regateó con Alfonso Reyes la lista de los invitados y el programa a desarrollar. “Por encontrarse Grecia en

¹⁰⁹ P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1981, pp. 298-299.

¹¹⁰ REYES, 1997, p. 146.

¹¹¹ Pedro Henríquez Ureña cerró el pequeño ensayo “Días alciónicos” con unas palabras atribuidas a Sócrates por el comediante Aristófanes.

poder de los turcos' [según explicaba la invitación], se buscó el refugio de un salón a la turca que les brindó Agustín Reyes, soltero rumboso".¹¹²

La intención de los organizadores era "desentrañar la continuidad pagana que corre del mito antiguo al cristiano".¹¹³ Pero sus modelos inmediatos no provenían de la liturgia católica, sino de los banquetes privados que, según la versión de Platón, realizaban Sócrates y sus discípulos en la polis de Atenas. El escenario, la hora y la dinámica tienen escasa relación con la liturgia cristiana y se asemejan al *Banquete* supuestamente ocurrido 416 años antes de Cristo en la residencia de Agatón, a las orillas de Atenas. Sócrates y sus seguidores pertenecían a la secta del dios Dioniso, que presidía los festines de ideas, palabras y enseñanzas en los que los aprendices, cada uno de ellos en un sitio y con una función determinados, se adentraban en los misterios de la retórica, la filosofía, la erótica, el amor, la política y la religión. El privilegio de concurrir a estos convites se les concedía sólo a unos cuantos, los más selectos.¹¹⁴

Los invitados a la mansión de Agustín Reyes se reunieron al caer el sol, dispuestos a festejar toda la noche manteniendo a raya al sueño y al silencio. Al igual que en el *Banquete*, lo sustancial del coloquio ocurrió en la oscuridad, que tal y como lo conjuró Platón impregna los espacios de las fuerzas dionisiacas del vino y la sexualidad. El escenario era un salón lujoso, decorado al estilo oriental, en el que las fronteras luminosas entre el día y la noche se diluían por la acción de faroles planeados para tal fin. Ahí, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Antonio Caso y Rubén Valenti representaron un guión previamente establecido.

La apertura estuvo a cargo de Pedro Henríquez Ureña, el primero del grupo en reconocer la valía del sistema trágico-

¹¹² REYES, 1983, p. 130.

¹¹³ REYES, 1983.

¹¹⁴ Para el análisis del *Banquete* seguí al pie de la letra la propuesta de STEINER, 1997, pp. 521-566. La autobiografía de este autor me fue imprescindible para entender el efecto en las personas de la lectura temprana de los clásicos. STEINER, 1998.

co ateniense para describir la condición psíquica, social e histórica del hombre moderno. Él captó algo esencial en el espíritu de su época: que la tragedia era el medio idóneo para expresar el malestar y la caída del hombre en las sociedades modernas. Pero su interpretación del nacimiento de Dioniso no era del todo desdichada ni desalentadora; por el contrario, reiteraba la visión de Dioniso como una deidad libertadora, asociada con “el eterno femenino”, la fertilidad de la tierra, los rituales de iniciación y el éxtasis de ciertos momentos. Dioniso tiene el don de permitirnos a los humanos dejar de ser lo que uno es por un corto periodo. El vino con el que se lo asocia y sus efectos liberadores contribuyen a esta liberación.

Lo más factible es que en su actuación Pedro Henríquez se ciñera al manuscrito. De ocurrir así, la lectura no debió haber sido fastuosa. Pedro Henríquez Ureña sentía incomodidad por su tipo físico, seña irrevocable de “pertenencia a pueblos y raza considerados extraños e inferiores”,¹¹⁵ y no lograba domeñar el sonsonete caribeño del que la prensa se había burlado meses atrás. Además, su afán por ocultar al “joven neurasténico” que había en él ¹¹⁶ le impedía leer en voz alta y con soltura palabras cargadas de emoción.

Tras exhibir, mediante el ejemplo, la supremacía de la tragedia en prosa sobre los otros géneros, y por lo tanto, del prosista erudito sobre cualquier otro literato, Pedro Henríquez Ureña cedió la voz al poeta Alfonso Reyes, quien por “el esplendor de su linaje, el poder de su elocuencia y la belleza de su persona”,¹¹⁷ puede ser comparado con el estudiante Alcibíades. Al igual que el favorito de Sócrates, Al-

¹¹⁵ En una carta escrita en México el 13 de marzo de 1908 y dirigida a Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña se refirió en estos términos a la desventaja de su aspecto físico en Estados Unidos. P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1986, p. 111.

¹¹⁶ En 1914, Pedro Henríquez Ureña le comunicó a Alfonso Reyes que había llegado a la conclusión de que en él coexistían dos seres superpuestos: “un joven de quince años, o diez y ocho, neurasténico, irritable, pesimista de sí propio [...] un hombre de treinta años, que se da cuenta de sus éxitos humanos”. P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1986, p. 432.

¹¹⁷ PLUTARCO, 1993, pp. 165-186.

fonso Reyes no carecía de nada: apostura, bienes, educación, talento y relaciones. Desde su infancia estuvo habituado a oír hablar de política a personas competentes y fue testigo indirecto de trances decisivos en la vida de México. Su padre, el general Bernardo Reyes, no tuvo el poder ni los dones de Pericles, tutor de Alcibíades y de Atenas, aunque sí las cualidades del estratega, la generosidad del mecenas y la curiosidad del filósofo. Cuánta razón tenía el peruano Fernando García Calderón al llamar al hijo un “efebó mexicano” y al padre un “gobernador ateniense de un estado mexicano”.¹¹⁸

En la fecha supuesta del *Banquete*, Alcibíades ya estaba volcado en la acción y la conquista de la gloria.¹¹⁹ Al concluir 1908, Alfonso Reyes, 19 años cumplidos, había renunciado a participar en las gestas públicas. En enero de 1907, durante la fiesta del primer aniversario de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria —asociación que él había creado un año antes—, experimentó el arrebató de la oratoria y los goces del aplauso.¹²⁰ Los consejos del doctor Porfirio Parra, quien le sugirió que pusiera rienda a su natural andar,¹²¹ y el freno de Pedro Henríquez Ureña lo convencieron de la futilidad de los actos ornamentales. En adelante, Alfonso Reyes, que era un orador nato y llevaba “en la masa de la sangre nnos hondos y rugidores atavismos de raza de combatientes”,¹²² evitó este tipo de eventos. Como todo buen helenista, reconocía el valor intrínseco de la participación en la vida pública, que según los autores griegos era superior a los placeres privados de la familia, de los amigos y de la profesión, y debía ser el centro de la existencia de las personas y de la convivencia entre ellas. Sin embargo, desconfiaba de las cualidades pedagógicas de los foros porfirianos y de los efectos que podía tener en la educación de los jóvenes participar en las ceremonias que allí se celebraban.

¹¹⁸ Citado por GLANTZ, 1999, p. 13.

¹¹⁹ ROMILLY, 1996.

¹²⁰ REYES, 1955, pp. 313-319.

¹²¹ REYES, 1990a.

¹²² REYES, 1991, p. 135.

El poema escrito y leído por Alfonso Reyes fue intitulado primero "Coro de faunos" y después, en la versión impresa, "Coro de sátiros".¹²³ Estos seres, en parte humanos y en parte animales, situados en la inestable escala entre lo bestial y lo divino, tienen el don del encantamiento. Uno de ellos, Sileno, sedujo con las melodías de su flauta al niño Dioniso.

En el *Banquete*, Alcibíades recurrió a la imagen del sátiro Sileno para describir la naturaleza, el carácter y el poder de Sócrates y recordar, con la sinceridad propia de la embriaguez, las maravillas y las desdichas de su amor por él. Hay párrafos de su intervención que podrían haber sido suscritos en 1908 por Alfonso Reyes. Otros logran reseñar con exactitud ciertos pasajes de su relación adolescente con Pedro Henríquez Ureña. Reproduzco uno de ellos:

Por una parte me consideraba despreciado; por otra, admiraba su carácter, su templanza, su fuerza de alma, y me parecía imposible encontrar un hombre que fuese igual a él en sabiduría y en dominarse a sí mismo, de manera que no podía ni enfadarme con él ni pasarme sin verle, si bien veía que no tenía ningún medio de ganarle.¹²⁴

Durante la fiesta para celebrar a Dioniso no se tocó, al menos en forma directa, el tema del *Simposio de la erótica*. Sin embargo, el acto de convivir, esto es vivir con y entre otros, implica una intención amorosa, más aun cuando hay comida, libación y textos de por medio y cuando éstos son ofrecidos al dios del amor profano y de la creación. En la convivencia llevada a cabo en la colonia Santa María la Ribera, ambos asuntos, amor y creación, sirvieron para evocar los días alciónicos transcurridos en compañía y conjurar, en alianza con los dioses, la llegada de otros momentos plenos por venir. El conjuro fracasaría no por falta de voluntad de los asistentes, sino porque la fortuna así lo quiso. Dioniso es

¹²³ Pedro Henríquez Ureña, quien se encargó de apresurar a Alfonso Reyes para que entregara de *ya* el poema, sugirió el cambio de faunos a sátiros, "pues fauno es un término romano ambiguo que abarca sátiros y panidas". P. HENRÍQUEZ UREÑA, 1986, p. 118.

¹²⁴ PLATÓN, 1969, p. 383.

un dios dicotómico y juguetero: por un lado representa la fuerza del arte y de la amistad; por el otro conduce a la demencia y la destrucción. Puede inclinar la balanza hacia uno u otro polo, siempre con la misma fuerza. En 1909, fecha cabalística en la historia de México, el péndulo se orientaría hacia el sentido opuesto al deseado por los jóvenes devotos de los clásicos griegos que en octubre de ese año fundaron el Ateneo de la Juventud.

REFERENCIAS

ARISTÓFANES

1996 "Las aves", en *Las once comedias*. México: Porrúa.

BORGES, Jorge Luis

1981 "Prólogo", en P. HENRÍQUEZ UREÑA, pp. vii-x.

1996 "El libro", en *Obras Completas*. Barcelona: Emecé, t. IV, pp. 165-172.

BOURET, viuda de Charles

1909 *Catálogo de las obras de surtido de la librería de la viuda de Charles Bouret*. México: Librería de la viuda de Charles Bouret.

BURGOS, Elvira

1993 *Dioniso en la filosofía del joven Nietzsche*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.

CALASSO, Roberto

1999 *Las bodas de Cadmo y Harmonía*. Barcelona: Anagrama.

CAMPOS, Rubén M.

1996 *El bar. La vida literaria de México en 1900*. México: Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.

CASO, Antonio

1906 "El silencio", en *Savia Moderna*, I (mar.), pp. 45-48.

1906a "La tesis admirable de Plotino", en *Savia Moderna*, 5 (jul.), pp. 309-311.

1939 "Kant en Argentina y en México", en *El Universal* (17 feb.).

- CASTAÑÓN, Adolfo
2000 *Por el país de Montaigne*. México: Paidós.
- CHAMBERLAIN, Lesley
1996 *Nietzsche en Turin*. Barcelona: Gedisa.
- CHARTIER, Roger
1999 *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CURIEL, Fernando
1996 *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*. México: Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas. Universidad Nacional Autónoma de México.
- DARNTON, Robert
1987 *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: Fondo de Cultura Económica.
1990 *The Kiss of Lamourette*. Londres: Faber and Faber.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina
1972 *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días*. México: Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, t. I.
- FERNÁNDEZ, Roberto
1974 *Calibán: apuntes sobre la cultura en nuestra América*. México: Diógenes.
- GARCÍA, Alfonso
1992 *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Escuela de Estudios Hispano Mexicanos.
- GLANTZ, Margo
1999 "Apuntes sobre la obsesión helénica de Alfonso Reyes", en *Columba*, s./n. (dic.), pp. 11-14.
- GOETHE, Johan
1991 *Obras Completas*. Madrid: Aguilar.
- GRAVES, Robert
1996 *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza.

GÓMEZ ROBELO, Ricardo

- 1906 "Ensayos críticos, por Pedro Henríquez Ureña", en *Savia Moderna*, 4 (jun.), pp. 313-315.

HENRÍQUEZ UREÑA, Max

- 1978 *Breve historia del modernismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1987 "Hermano y maestro: (recuerdos de infancia y juventud)", en P. HENRÍQUEZ UREÑA, pp. 9-33.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro

- 1906 "La influencia de Nietzsche", en *Savia Moderna*, 5 (jul.), pp. 340-343.
- 1907 "Conferencias y tés", en *Cuna de América* (25 ago.)
- 1908 "Nota de la edición mexicana", en RODÓ.
- 1909 "El nacimiento de Dionisos. Esbozo trágico a la manera antigua", en *Revista Moderna de México*, s./n. (ene.), pp. 176-180.
- 1980 "Genius Platonis", en *Revista de la Universidad de México* (oct.-nov.), pp. 9-12.
- 1981 *Obra crítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1986 *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña: correspondencia (1907-1914)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1987 *Universidad y educación*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto Politécnico Nacional.
- 1989 *Memorias-Diario*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.

HIGHET, Gilbert

- 1996 *La tradición clásica*. México: Fondo de Cultura Económica, t. II.

ISER, Wolfgang

- 1987 *The Aesthetic Moment*. Cambridge: Cambridge University Press.

LA CAPRA, Dominick

- 1986 *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*. Ithaca y Londres: Cornell University Press.

LÓPEZ, Rafael

- 1970 *Crónicas escogidas*. México: Fondo de Cultura Económica.

MARTÍNEZ, José Luis

- 1985 "Introducción", en SIERRA, URBINA, HENRIQUEZ UREÑA y RANGEL, pp. xi-xxviii.
 1986 "Introducción", en REYES y HENRIQUEZ UREÑA, pp. 9-39.

MONTERDE, Francisco

- 1963 "Savia Moderna, Multicolor, Nosotros, México Moderno. La Nave, El Maestro, La Falange, Ulises, El Libro y el Pueblo, Antena, etc.", en *Las revistas literarias de México*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes, pp. 111-145.

PAZ, Octavio

- 1999 *Memorias y palabras. Cartas a Pere Gimferrer (1966-1997)*. Barcelona: Seix Barral.

PLATÓN

- 1969 *Diálogos*. México: Porrúa.

PLUTARCO

- 1993 *Vidas paralelas*. México: Porrúa.

PRAZ, Mario

- 1999 *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*. Barcelona: El Acanalado.

QUINTANILLA, Susana

- 1993 "Los libros del Ateneo", en *Historias*, 29 (oct.-mar.), pp. 89-107.
 1999 "El Ateneo de la Juventud: itinerario de una generación intelectual", en REMEDI (coord.), pp. 149-195.

REMEDI, Eduardo (coord.)

- 1999 *Encuentros de investigación educativa*. México: Plaza y Valdés-Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigaciones y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional.

REVUELTAS, Andrea

- 1985 "Henríquez Ureña, odiseo americano", en *Los Universitarios*, 16, pp. 5-8.

REYES, Alfonso

- 1909 "Coro de sátiros en el bosque", en *Revista Moderna de México*, s./n. (ene.), pp. 310-311.

- 1955 "Alocución. En el aniversario de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria", en *Obras Completas*, t. i, pp. 313-319.
- 1956 "Notas sobre Jesús T. Acevedo", en *Obras Completas*, t. iv, pp. 444-445.
- 1959 *Constancia poética* en *Obras Completas*, t. x.
- 1983 "El revés de un párrafo", en *Obras Completas*, t. xiv, pp. 127-134.
- 1986 *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña: Correspondencia (1907-1914)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1990 "Historia documental de mis libros", en *Obras Completas*, t. xxiv, pp. 149-346.
- 1990a "Porfirio Parra", en *Obras Completas*, t. xxiv, pp. 594-595.
- 1991 *Medias palabras. Correspondencia de Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán: 1913-1959*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1995 "Del diario de un joven desconocido", en *Obras Completas*, t. iii, pp. 207-215.
- 1997 *Recoge el día. Antología Temática*. México: El Colegio Nacional.

Rodó, José Enrique

- 1908 *Ariel*. Nuevo León: Talleres Lozano.
- 1966 *Obras Completas*. Madrid: Aguilar.

ROGGIANO, Alfredo

- 1989 *Pedro Henríquez Ureña en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

ROMILLY, Jacqueline

- 1996 *Alcibiades*. Barcelona: Seix Barral.

SABORIT, Antonio

- 1992 "El modernismo y los espacios interiores", en *Historias*, 27 (oct.- mar.), pp. 155-163.

SIERRA, JUSTO, LUIS G. URBINA, PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA y NICOLÁS RANGEL

- 1985 *Antología del Centenario (1800-1821)*. México: Secretaría de Educación Pública.

SHAKESPEARE, William

1998 "La tempestad", en *Teatro*. México: Porrúa, pp. 187-229.

STEINER, George

1997 *Pasión intacta*. Bogotá: Norma.

1998 *Errata, el examen de una vida*. Madrid: Siruela.

2000 *Antígonas. La travesía de un mito universal por la historia de Occidente*. Barcelona: Gedisa.

TABLADA, José Juan

1937 *La feria de la vida*. México: Botas.

1993 *Las sombras largas*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

TORRI, Julio

1964 *Tres libros*. México: Fondo de Cultura Económica.

VASCONCELOS, José

1983 *Ulises criollo*. México: Fondo de Cultura Económica.

WALTER, Otto

1997 *Dioniso: mito y culto*. Madrid: Siruela.

ZAID, Gabriel

1997 *Tres poetas católicos*. México: Océano.